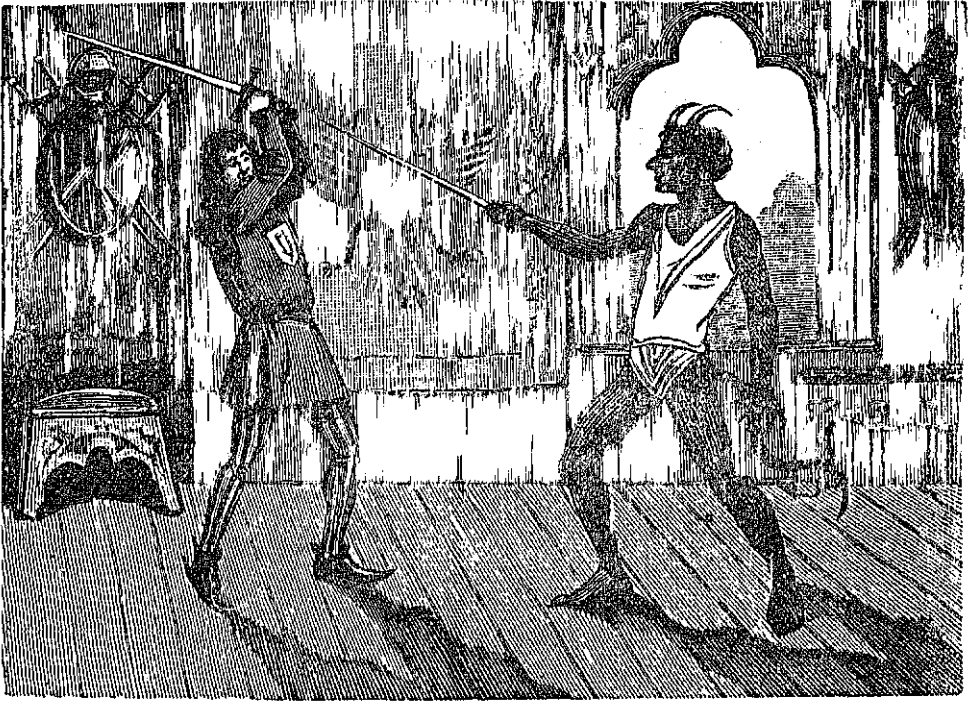


(CUATRO PLEGIOS)



LA
OREJA DEL DIABLO

NARRACIÓN ANTIGUA

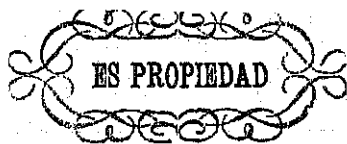
(PRIMERA Y SEGUNDA PARTE)

MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arona

CONSEJO SUPLENTE
DE
LA
CORTE
DE
CASTILLA
Y
LEÓN
1877

R. 63077



LA OREJA DEL DIABLO.

PRIMERA PARTE.

La cueva de Zampoña.

I.

El Jorobadito.

Vivia en la villa de Almazan, hace muchos años, un pobre muchacho, que bien se puede decir que era huérfano de todo, pues no solo no tenía padre ni madre, ni parientes de ninguna clase, sino que además no había de qué, ni de dónde le viniese, ni casa ni hogar, como suele decirse; y en cuanto á gracias naturales tampoco las tenía, pues era corcovado y contrahecho, de una color que hubiera podido compararse con la de sus zapatos, si por acaso los hubiese, y unas greñas tan indómitas, que no hubieran resistido el bonetillo, por lo cual no lo llevaba, y así nunca se podía decir de él que tuviese la cabeza caliente y los pies fríos, pues como los tenía igualmente desnudos, en verano sentía esas partes calientes á la par, y en el invierno frías.

Este muchacho pasaba la vida de la manera más miserable, porque como era contrahecho, en ninguna casa lo querían para servir; la corcova no le hacia propósito para echarse pesos á la espalda y ganar su vida haciendo recados, y finalmente, su débil constitucion le impedía el ejercicio de muchos nobles oficios con que poder mejorar su triste suerte.

Su refugio era la iglesia, porque allí estaba libre de los hielos en los meses crudos del invierno, y de los ardorosos rayos del sol en los del estío; y como sabia ayudar á misa, no le faltaba nunca el escurrimiento de las vinajeras, ó algun bodigo de los responsos, ó el cuarto que en las fiestas solemnes acostumbra á dar el cura á los monacillos; y cuando el sacristan hacia las hostias, tambien le ayudaba, quedándole el beneficio de las recortaduras, con otros gajecillos por el estilo.

Quando llegaba la feria, que era por Todos Santos, vendia en la puerta de la iglesia estampas de mártires y rosarios benditos ó candeleros de plomo por cuenta de unas mon³⁴.

que al verle de tan buena condicion le comisionaban para estas cosas y en pago le dejaban allegar las jícaras y chocolateras que habian servido para obsequiar á los capellanes, y aun le dejaban por compasion aprovechar el polvillo que quedaba en los papeles que sirvieron para envolver bolados y bizcochos.

En fin, él se las iba manejando como podia y iba creciendo poco á poco, no solo en edad sino en buenas costumbres, con lo cual su fama fué en aumento por todos los contornos, y aun cuando nadie le socorria ni auxiliaba en sus menesteres, todos le querian y apreciaban y ensalzaban sus virtudes.

II.

El Herrero.

Ocurrió que á un herrero de la misma villa le entró una enfermedad muy grande, á consecuencia de la cual, de robusto y fuerte que antes era, se quedó flaco y endeble, y le acometian sueños espantosos y extraordinarios que le tenían siempre acobardado y temeroso del demonio que se le aparecía con frecuencia para quitarle el sosiego.

Y no pudiendo sobrellevar existencia tan mísera, determinó el irse á pié y descalzo á una ermita que hay en Almenar, la cual tiene una milagrosa imagen de la Virgen, que allí dicen de La Llana, que siempre atiende las rogativas de sus devotos, y les alivia en sus cuitas; y así el herrero emprendió el camino, lleno de la mayor esperanza, con lo cual, una vez cumplida su promesa, se quedó más tranquilo.

Una noche, y cuando ya hacia mucho tiempo que no soñaba, se le apareció en sueños una vision que le dijo que traía el encargo de indicarle el medio de vencer al demonio que tanto le atormentaba: y era que un sábado por la noche, despues de las fiestas que dicen de San Polo, se fuese en compañía de Domicio, que así llamaban al muchacho de la corcova, á la cueva de Zampoña, la cual está cerca del santuario de San Saturio, en la márgen del Duero, cerca de Soria, y una vez allí, que penetrase Domicio, el cual por su santidad vencería á Satan; y que él, mientras tanto, se quedase guardando la salida.

Levantóse al día siguiente el herrero, y lo primero que hizo fué ir á ver á Domicio, y le dijo si queria ganarse honradamente un puñado de doblillas de oro, y contestando que sí, prepararon el viaje, y sin aguardar más, aquella misma tarde se fueron á Soria, y sin detenerse en la ciudad llegaron

poco despues al nió de la sierra donde está el famoso templo de San Saturio.

III.

La cueva de Zampoña.

Buscando por allí el lugar donde pudiera estar la tal cueva, se vieron en un sitio apartado y á la orilla del rio Duero, una gran piedra que tapaba un brocal muy grande, de modo que sospecharon ser aquella.

Con el auxilio de unas palancas levantaron un poco la piedra, hasta dejar trecho suficiente para poder pasar un hombre, hecho lo cual el herrero dijo:

—¡Oh. Domicio! Tú sabes que yo antes era feliz y que dejé de serlo por causa del demonio que me ha perseguido sin descanso; tú sabes tambien la promesa que hice de ir á ver á la Virgen de La Llana, y que desde entonces he logrado alguna más tranquilidad; pues bien, anoche en sueños tuve una vision, la cual me dijo que con tu auxilio venceria al demonio, por ser tú más fuerte que él y que yo, toda vez que la virtud te acompaña; y el favor que te pido es que bajas á la cueva y halles traza de vencerlo.

Espantóse Domicio con esta relacion, por ser de muy cristianos principios, y tenerle miedo al diablo; y así le dijo al herrero que no pensase en que él habia de bajar á la cueva; y que puesto que á él no le habia molestado el diablo para nada, no tenia para qué buscarle, y así que era lo más apropiado que bajase él solo y pelease con el diablo y le venciese si quisiese.

Arrodillóse el herrero delante de Domicio, y con lágrimas en los ojos le dijo que accediese, pues estaba designado él para vencer al demonio, por su gran virtud, y que no temiese pues fatalmente habia de salir victorioso, y que él de por sí no lo hacia porque sería inútil; que le pidiese lo que quisiese, que se lo otorgaría de buen grado, y por último que no dejase pasar el dia, pues era sábado, y por haberse terminado las fiestas de San Polo, era dia apropósito para tal empresa, con otras razones para hacerle mella.

Domicio intentó resistir, pero tanto lloró y suplicó el herrero, y le dijo tantas veces que sabia agradecersele, que se compadeció, y dejándose llevar de su buen corazon, y sacando fuerzas de flaqueza, consintió en bajar, oido lo cual por el herrero, le besó y abrazó con las mayores muestras de alegría

y le dijo que no temiese nada, que él se estaría allí guardando el brocal.

Pusieron una escala y Domicio saltó sobre ella, y despidiéndose del herrero comenzó á bajar con algun temor; y á medida que bajaba la escala oscilaba cada vez más, y al poco rato, sea por descuido del herrero ó por el gran peso de Domicio, ó por sugerencias del diablo, es lo cierto que soltó la escala y desapareció en el interior del brocal.

Aterrado el herrero, comenzó á dar grandes voces llamando á Domicio, pero nadie le contestaba, y previendo una desgracia, lo primero que se le ocurrió fué echar á correr hácia la capilla de San Saturio, y pedir allí perdon muy contritamente por el mal que habia causado, con lo que ya más tranquilo se volvió al brocal y se lo encontró cerrado, con la piedra encima, como en un principio.

Oprimiósele el corazon al ver cerrada la cueva, y no atreviéndose á nada, determinó quedarse allí esperando el resultado de tan horrible aventura; y llegó la noche y vino el nuevo dia, y así pasaron hasta tres más, al cabo de los cuales el infeliz herrero, muerto de hambre y cansado de esperar, se marchó con la esperanza de que tal vez Domicio habria salido de la cueva mientras él estuvo haciendo oracion al santo anacoreta.

IV.

El palacio de jaspe.

Lejos de ser así, lo que aconteció á Domicio fué que una vez dentro de la cueva, se soltó la escala y fué á parar al fondo, y recibió tan fiero golpe que se quedó privado.

Despues de un rato volvió en sí, y sintió que le cogían de la mano y le conducían á través de un bosque amenísimo, hasta que llegó á una especie de plazoleta en medio de la cual se levantaba un hermoso palacio de jaspe.

La mano que le conducía dejó de oprimirle, y sin ver á nadie avanzó y se metió en el palacio, y apenas entró oyó una música de chirimías y pífanos y un canto armonioso de voces argentinas, y hasta le pareció que le rozaban la cara telas finísimas y que sentía la impresion del aire que se agita, pero nada vió, por lo cual se estuvo parado un buen rato.

Luego oyó una voz que cantaba muy lastimeramente, diciendo que aquella mansion era una cárcel donde gemían tres hermanas, y que la una era ella, las cuales estaban castigadas allí por el delito de haber abandonado á un muchacho

muy bueno y virtuoso, que habia por nombre Domicio, tan agraciado de espíritu como deslucido de cuerpo, el cual era digno de mejor suerte; oido lo cual por Domicio, dijo que él se llamaba así y que era de Almazán, y que se encontraba allí por sugerencias del herrero que le habia encargado que peleara con el demonio, y que estaba dispuesto á vencerle.

Apenas dijo esto, sintió que le daban muchos abrazos y multitud de besos, y sentía la frescura de los lábios que se posaban sobre su cara, pero nunca podia ver nada, de suerte que estaba admirado; y oyó que le decían que de él dependía su libertad, pues por malos oficios del diablo estaban allí pensando, y que si le vencía que seria el hombre más afortunado, el más hermoso y el más querido y reverenciado de toda la tierra.

Maravillado quedó Domicio con tales trasportes y razonamientos, y dijo que si el demonio se presentaba que le retaría y le vencería, pues para eso habia venido; mas que para realizar tal empresa necesitaba bríos y que esos no los tenía, pues se desfallecía de hambre.

Aun no habia acabado de decir esto, cuando apareció una gran mesa de ébano, cubierta con riquísimos manteles y llena de toda suerte de manjares apetitosos y de diferentes clases, en la cual habia sitio para cuatro convidados.

Ocupó uno de los asientos y se puso á gozar del festín, y vió que en cada uno de los sitios que quedaban habia dos manos finísimas y pequeñas, que hacían todos los movimientos que se usan para servirse de los manjares.

Concluido el festín, las dos manos que se hallaban más próximas le acariciaron y le condujeron á un lecho de ricas y finísimas telas, y oyó una voz armoniosa que le dijo que besara aquellas manos y vería á la persona que las poseía.

Hízolo así Domicio, y al instante mismo se le apareció una jóven bellísima, de luenga cabellera y voluptuosas formas que le contemplaba amorosa; visto lo cual sintió que se agitaban por todo su cuerpo conmociones desconocidas y gratas que jamás habia experimentado y que subieron de punto al verse abrazado y besado con las mayores muestras de amor por la preciosa jóven que no cesaba de contemplarle.

—Domicio, le dijo; tú eres muy bueno y tienes un corazon lleno de pureza. Yo te amo y te pido perdón por haberte abandonado en el mundo, pero yo prometo no abandonarte nunca si consigues librarme del poder del demonio que me tiene aquí sujeta, sin que pueda derramar mis beneficios por toda la tierra.

Dicho lo cual dió un beso á Domicio en la boca y le abrazó de nuevo con el mayor agrado; de suerte que Domicio, no pudiendo resistir más á las impresiones que sentía, se echó á llorar.

V.

La Fortuna.

—¿Por qué lloras, luz de mi vida, encanto de mis ojos, consuelo de mis cuitas, le dijo ella; si yo te amo? Mis encantos son para tí, yo soy tu esclava, y solo anhelo llamarte mi dueño.

Domicio se serenó un poco, y más aliviado de las emociones que le habian hecho llorar, abrazaba y besaba á su compañera con la mayor confianza.

Ella le miraba y se sonreia con la mayor ternura, de modo que Domicio se sintió lleno del mayor agradecimiento.

Despues ambos se durmieron, entrelazados los brazos y unidos los lábios con el impulso de un beso, y al trascurso de algunas horas se despertaron.

—Amor mio, le dijo ella, ¿te olvidarás algun dia de mí?

—¡Nunca! dijo Domicio.

—Pues bien; es preciso que nos pertenezcamos siempre. Estoy aquí castigada con mis dos hermanas y guardada por un ayudante de Satán, el cual se aparecerá á tí con la figura de un toro, y si por acaso viene y te vé, nada habrá que pueda salvarte y yo quedaré llena de dolor si tú mueres. Es necesario que le mates; ¿tendrás valor?

—Por salvarte, dijo Domicio, sabré yo perder la vida, haciendo que la pierda á la par ese mónstruo.

La jóven sacó un puñalito, y dándoselo á Domicio, exclamó:

—Toma este puñal, ven conmigo y te enseñaré por dónde ha de venir nuestro enemigo.

Domicio se dejó llevar y fué conducido por su amada por una calle de árboles, al fin de la cual habia una estrecha salida.

—Aquí es, dijo la jóven.

Y desapareció.

Domicio permaneció un rato pensativo, y luego, mirando el puñal, exclamó:

—¡Oh, arma preciosa! Tú darás la libertad al alma de mi alma, al ídolo de mi existencia, ó juro que con tu afilado punta atravesaré mi corazon.

A poco rato sintió un lejano ruido y unos bufidos muy fuertes, que cada vez se oían más cerca, y coligiendo sería el terrible monstruo que encarcelaba á su dulce compañera, le esperó tranquilo.

Así era, en efecto.

Un instante despues se presentó un hermoso toro negro, con los cuernos muy relucientes, echando espuma por la boca.

Domicio se ocultó, y al mismo tiempo que pasaba se avanzó á él y le clavó el puñal en el testuz.

El bruto se revolvió con coraje, pero Domicio halló modo de subir rápidamente á un árbol á esperar la muerte de su enemigo.

Verificada ésta momentos despues, Domicio se dirigió en busca de su amada y la halló á tiempo que subia en un rico carro tirado por dos soberbios alazanes, trasformada con un vistoso traje de cortesana.

—¿Qué es esto? exclamó Domicio pasmado. ¿Por ventura ignoras que he muerto á tu guardian?

—Por eso me voy, contestó ella, pues he quedado libre por tu victoria.

—Está bien, dijo Domicio; yo iré contigo.

—¡Ah, no! No puedes venir.

—¿Por qué?

—Mis dos hermanas necesitan tus auxilios, y has de quedarte hasta que consigas su libertad, de la misma manera que has alcanzado la mia. Conserva el puñalito y cuando concluyas tu mision, búscame por el mundo que yo te aguardaré.

Dicho esto, el carro partió.

—¿Cómo te llamas? gritó Domicio con los ojos arrasados en lágrimas.

Ella agitando un pañuelo de púrpura, exclamó:

—La Fortuna.

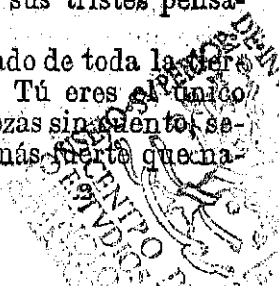
VI.

La fuente milagrosa.

Quedóse con esto muy abatido el infeliz Domicio y suspiraba por la ingrata que le habia abandonado.

Cuando más abstraído se encontraba en sus tristes pensamientos, oyó una voz que le decía:

—¡Oh, Domicio, hombre el más afortunado de toda la tierra! Tu poder es grandioso y extraordinario. Tú eres el único hombre capaz de ser feliz; tu poseerás riquezas sin cuento, serás dueño de multitud de esclavos, serás más fuerte que na-



die, y todos los obstáculos que otros encuentran, se humillan á tu paso.

Al oír tales razones, Domicio se quedó suspenso y queriendo saber de dónde venían, miró con afán, pero sólo vió dos manos pequeñas y femeniles que le acariciaban el rostro con la mayor solicitud.

—Bien veo que ignoras quién soy, dijo Domicio, toda vez que me llamas afortunado y dichoso, cuando lejos de eso, soy el más desventurado y triste.

Al decir esto se le apareció una mujer hermosa llena de juventud y gracia, cuyos sedosos cabellos le llegaban al suelo.

—¡Oh Domicio! le dijo; yo soy hermana de la Fortuna á quien tu esfuerzo ha librado de su cautiverio, y al ver lo mucho que la amas, siento celos de ella, porque yo, Domicio, soy muy desgraciada al no merecer tu amor y me consumí en el mío que tú enciendes.

Maravillóse Domicio y mirándola atentamente, con reposado acento la dijo:

—Yo era dichoso con el amor de la Fortuna, pero veo que es veleidosa, toda vez que me abandona. La amaba con toda mi alma, porque á pesar de ser tan feo como soy y tan libre de toda gracia y donaire, he sido su dueño, y ella se ha complacido al verme feliz.

—En verdad te digo, Domicio, objetó la jóven, que mi amor por tí es superior al de mi hermana, pues élla no es capaz de hacer nada por tí, y para que veas cuán grande es la pasión que por tí siento, voy á transformarte y regenerarte para que el mismo Adonis te tenga envidia.

Dicho esto cogió suavemente á Domicio por la mano y le llevó á un bosquecillo lleno de plantas odoríferas, á cuyo pié corría una fuente cristalina, y con sus mismas manos le lavó la cara, y luego los piés, con lo cual, como por encanto adquirió una rubicundez y hermosura tal, como no la había poseído nunca Ascanio, el amante más querido de Vénus.

Después le peinó las greñas con sus mismos dedos, y de ásperos que antes eran se tornaron lustrosos y finos y de un color dorado como los de Febo; y haciéndole que se metiera en la pila donde se recibía el agua de la fuente, le hizo desaparecer la corcova, quedando derecho y de noble aspecto cual corresponde al carácter y dignidad del hombre; hecho lo cual le hizo que se mirara en la superficie del agua, y al verse tan hermoso, Domicio se quedó admirado, pues á pesar del cambio, encontraba algo en su imágen que le hacía comprender que era él mismo, y se persuadía que aquel era el verdadero

aspecto que le correspondía; con lo que mostró su agradecimiento á la jóven con la mayor sinceridad, diciéndola:

—Bien veo, hermosa jóven, que tú me amas verdaderamente, pues de bajo y despreciable que era, me has elevado, haciéndome digno de tí.

—¿Y cómo no? dijo ella; si por abandono mio estabas sumido en la mayor desgracia, cual es la de la fealdad; tú eres digno de ser hermoso como tu alma.

Luego cogiéndole las manos, le besó con amor diciéndole:

—Domicio mio; yo te amo con locura, yo guardo para tí todos los dones del amor más vehemente y sincero. Amame y seremos felices.

Dicho esto se dirigió al interior del bosquecillo y sentándose al pié de un árbol, acarició á Domicio haciéndole reclinar su cabeza sobre su blanquísimo seno, y quedaron dormidos en apacible y dulce sueño.

VII.

La Hermosura.

Pasadas muchas horas de tan agradable descanso, Domicio se despertó al impulso de un beso que recibió en la boca y abriendo los ojos, abrazó á su compañera diciendo:

—¡Ah, no huyas de mí, no te alejes nunca! Déjame admirar tu belleza por toda la eternidad de los tiempos.

A lo cual ella suspirando exclamó:

—Hermoso Domicio, amor mio; yo siento mucho decirte que nuestra felicidad no puede ser completa. Estoy aquí prisionera del demonio y guardada por un ayudante suyo, el cual apenas te vea te retará á muerte y tal vez te vengza si tú no estás prevenido.

Este enemigo de nuestro reposo es un gran gigante de estatura extraordinaria, que reúne á la fuerza de Hércules la malicia de Satán, de quien es esclavo. Tiene un ojo en la frente, y si tú no eres animoso no podrás triunfar de él.

—Veinte ojos había de tener, repuso Domicio, apretando los puños en son de amenaza, y otros tantos le arrancara si intentase hacerte daño.

—Es muy astuto.

—No temas. Yo sabré defenderte de sus asechanzas y te libraré de su poder para que no interrumpa la tranquilidad de nuestro amor.

Al decir esto, Domicio amenazaba al espacio, como desafiando al feroz gigante.

Pasado un rato, preguntó á su amada que si tardaria mucho en llegar el gigante, y la infeliz jóven prorrumpió en amargas lágrimas, diciendo entre sollozos:

—¡Oh, Domicio mio! Lo que me aflige es lo pronto que ha de venir, y lo tarde que es para acudir al remedio. El ha de pasar precisamente por este sitio.

Entonces Domicio se levantó prestamente y estampando un tierno beso en la boca de su dulce compañera, se subió á un árbol, ocultándose entre las ramas.

Algun tiempo despues, vió aparecer al gigante á lo lejos, por lo que se preparó al ataque, sacando el puñalito de la Fortuna, y cuando pasó junto al árbol, de un atrevido salto se colocó en sus hombros, y con la rapidez del pensamiento le vació el ojo que tenia en la frente.

El feroz atleta cayó en tierra y poseido de la mayor rabia, sujetó á Domicio por una pierna, visto lo cual por la bella jóven, acudió en su auxilio, y arrancando el puñal de la frente del mónstruo, le dió tantos y tan repetidos golpes que le dejó sin vida.

Apenas Domicio vió en tierra al gigante y convencido de su muerte, se volvió hácia su compañera para abrazarla, pero con gran sorpresa vió que habia desaparecido.

Recorrió todo el bosquecillo inútilmente, y cuando volvió á donde estaba el cadáver de su enemigo, vió una arrogante amazona sobre un caballo blanco, que no era otra que su jóven compañera, la cual le dijo:

—Domicio, me voy al mundo, pero jamás te olvidaré.

—¿Te vas? dijo Domicio con acento de angustia indefinible, yo quiero ir contigo.

—Es imposible, dijo ella. Es necesario que te quedes para libertar á mi hermana, que todavía gime bajo el poder de Satán. Adios, no olvides que te esperaré siempre.

Al decir esto, castigó al caballo y partió al galope.

—¡No me dejes! ¡No me dejes! gritó Domicio corriendo. Dime al menos cómo te llamas.

—La Hermosura, contestó la fugitiva.

Y desapareció á lo lejos.

VIII.

El Amor.

Por segunda vez, el infeliz Domicio quedó abandonado, y no pudiendo resistir su desgracia se mesaba los cabellos con las mayores muestras de desesperacion.

—¿Para qué quiero mi gallardía y donosura, decía el pobre Domicio, si tengo el pecho traspasado del más cruel dolor? Yo era feliz en mi ignorancia, no sabia lo que era amar, ¿para qué me lo han hecho conocer? ¿Acaso vale la pena un breve momento de felicidad para toda una eternidad de su sufrimientos?

Así expresaba sus quejas el pobre jóven, y cuando ya cansado de lanzar sus ayes, permaneció un rato callado, oyó como un débil sollozo, acompañado de suspiros entrecortados y tan tristes que parecían llevarse el alma tras de sí.

Dirigió sus pasos hácia el sitio de donde parecían salir, y llegó á una especie de explanada, alfombrada de verdura, por donde corria un bullicioso arroyuelo, y vió que junto á la orilla habia una hermosa jóven vertiendo abundantes lágrimas y exhalando lastimeros ayes.

El noble corazon de Domicio se conmovió profundamente ante el dolor de la jóven, y así, acercándose á ella, exclamó:

—¡Oh, jóven desdichada! Enjuga tu llanto, y si por acaso es la ingratitud de otros quien te lo hace verter, no te aflijas, pues cada lágrima tuya, vale más, mucho más que uno solo de los cabellos de quienes te hacen sufrir.

La jóven alzó la cabeza, y fijando sus bellos ojos en los de Domicio, le contestó:

—Dulce amigo, yo te doy las gracias por tu buen deseo, mas sabe que no lloro por la ingratitud ajena, sino por la propia. Aquí, donde me ves, he vivido en el mundo y he vertido en él las dulzuras del amor, con mano pródiga, sin preguntar á nadie ni su nombre ni su patria, ni si era bueno ó malo; pero ¡ay! lo que me aflige es haber abandonado á un pobre niño, llamado Domicio, pues si le hubiese protegido, hubiese alcanzado el cariño de todos, en vez de inspirar lástima hasta á los más desgraciados.

—Yo soy ese Domicio que dices, dijo el aflijido jóven.

—Pero no temas, continuó ella: ahora estás á mi lado. Si has conseguido ser el más afortunado y el más hermoso de los hombres, desde hoy serás el más adulado y querido de toda la tierra.

Como Domicio se quedara callado á estas razones, la hermosa niña le dijo:

—¿Qué, lo dudas? ¿Piensas acaso que no has de ser querido de todos? Yo misma, continuó, te amo tanto, que mi cariño no cabe en toda la tierra.

Domicio permaneció cabizbajo y silencioso, y la jóven continuó:

—Te amo, no porque eres afortunado, ni porque seas hermoso, ni porque hayas de ser adulado, sino porque antes de poseer todos estos dones, has sido pobre, feo y compadecido, porque aun cuando tu exterior era repulsivo, tu alma es pura, tu corazon noble, tu virtud sencilla.

Domicio escuchaba á la jóven indeciso y no sabia si creerla ó no, pues el recuerdo de la Fortuna y de la Hermosura, que tambien le habian amado, y sin embargo habian huido, le tenia perplejo y desconfiado.

Ante esta indecision, la hermosa niña prorumpió de nuevo en sollozos, exclamando:

—¡Oh, Domicio! Un secreto presentimiento me hacia temer tus desdenes, mas nunca creí fueras insensible al amor que te ofrezco. Si me amas, te dormiré en mis brazos con el calor de mis besos, y colocándote despues en un tierno lecho, haré nacer en torno mil florecillas olorosas y velaré tu sueño. Mandaré á la brisa que refresque tu frente, y gozaré viéndote dichoso en mi compañía.

Conmoviése Domicio del dolor de la jóven, y haciendo mella en su corazon sus apasionadas y dulces frases, se postró ante ella, diciendo:

—Sí, sí, te amo. ¿Qué me importa haber sido olvidado de las otras ingratas? Seré feliz contemplando tu bello rostro y sellando con mis labios tus purpúreas mejillas, aspiraré de tus labios la fragancia de tu hálito, y resistiré contento el fuego mortal de tus bellos ojos.

La hermosa y bella niña sonrió de gozo al contemplar el ardoroso fuego de Domicio, y abriéndole sus brazos, le estrechó amorosa contra su corazon.

La naturaleza toda quedó suspensa ante tan poético grupo. El céfiro, agitándose blandamente en pos de la cabeza de los jóvenes parecia velar su dulce sueño; los pajarillos, gorjeando alegremente entre las ramas de los vecinos árboles, parecian celebrar su felicidad, contribuyendo con sus trinos á la grandeza de tan maravilloso como sencillo cuadro.

IX.

El Diablo.

Mucho rato permanecieron olvidados de lo que á su alrededor pasaba, entretenidos en su agradable éxtasis, y cuando creian encontrarse solos, allá á lo lejos apareció la silueta de Satán sobre un montículo, con sus negras alas extendidas,

sus enormes cuernos arrojando humo por las puntas y su descomunal rabo arrollado por entre las oscuras piernas.

La joven comenzó á temblar y á sollozar de nuevo, por lo que, interrogada de Domicio, señalando á Satán, dijo:

—Dulce amigo, somos perdidos. ¿Ves allá lejos aquella terrible sombra? Es el demonio, es mi guardian, que nos ha sorprendido y que nos hará pagar bien cara la burla.

—No temas, dijo Domicio; ese Satán que tanto te hace temblar, perecerá á mis manos como débil gusano. Soy más fuerte que él, y no osará ponerse á mi alcance.

—Bien se advierte que no le conoces, ni que sabes lo terrible que es; y si quieres que nos salvemos, es preciso que sigas mis instrucciones y hagas cuanto yo te diga.

En el palacio de jaspe hay una sala de armas; pero entre todas las que allí se guardan, solo hay una que hace triunfar. Si por acaso te reta, es probable que te invite á escoger armas, y todas las verás relucientes y despidiendo rayos de luz de puro limpias. De éstas no escogerás ninguna: únicamente debes tomar para tu defensa la más mohosa y de peor aspecto, pues esa te dará el triunfo, y si le vences, entonces yo quedaré libre de su poder.

Domicio se incorporó, y despidiéndose con un beso de su bella amiga, se dirigió en busca de Satán.

—Rey del Averno, le dijo; espíritu maligno que robas la tranquilidad de las almas puras, génio maléfico que viertes la ponzoña del pecado en los corazones virtuosos, yo te reto á sin igual lucha.

—Jóven inexperto, le contestó el demonio; eres demasiado débil para luchar conmigo; ignoras cuál es mi poder, no sabes que dispongo á mi antojo de los elementos y que puedo hacer que se abra la tierra y te sepulte en las profundidades de mi reino. Mas ya que eres tan valeroso y esforzado, te concedo el honor de luchar conmigo; y..... ¡desdichado de tí si no vences!

Dicho esto, el demonio se dirigió al palacio de jaspe, y seguido de Domicio, penetró en la sala de armas.

—Aquí tienes, dijo á Domicio, toda suerte de armas; escoge la que más te cumpla.

Domicio paseó su vista por el arsenal, y fijándose en una espada larga, tomada de orin, que estaba como olvidada en un rincón, dijo:

—Para que veas que no temo tu poder, enté miserable, escojo esta espada mohosa, y con ella y el esfuerzo de mi brazo humillaré tu cínica arrogancia.

Satán hizo un ligero movimiento de terror, y escogiendo una magnífica espada de cortante filo, gritó á Domicio con infernal coraje:

—¡En guardia!

X.

La lucha.

Comenzó la lucha más formidable que registran los tiempos.

Oscurecióse el sol, bramó el viento y la tierra toda quedó sumida en tinieblas.

El chocar de los hierros producía un sonido lúgubre y un resplandor ténue.

Multitud de serpientes y animales inmundos subían culebreando por las piernas de Domicio, destilando por sus bocas asquerosa y maligna baba.

Domicio, siempre enérgico, blandía su larga espada con inusitado coraje, parando magistralmente todos los golpes de su feroz rival.

Satán, aprovechando un leve descuido de Domicio, se tiró á fondo; pero el animoso jóven, describiendo un rápido círculo con su espada, desvió el fatal acero, y agarrando despues su hierro con ambas manos, lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Satán, de modo que si éste no la desvía la hubiera partido en dos; mas con todo perdió una oreja, que le quedó cortada á raíz.

Humillado así Satán por el valeroso esfuerzo de Domicio, huyó cobardemente, desapareciendo á poco envuelto en las tinieblas.

Domicio corrió á participar á su jóven compañera la victoria obtenida; pero ¡cuál no seria su sorpresa al verla conducida en un carro de triunfo tirado por dos hermosos leones!

—Detente, exclamaba corriendo; detente, hermosa; ya somos libres, ya podemos gozar tranquilos de nuestro amor.

—Ahora es imposible, le contestó ella; me voy al mundo donde hago falta; pero allí te esperaré.

Y arrojándole un anillo:

—Toma esa prenda, dijo; ella me servirá para conocerte.

—Quiero irme contigo, exclamó Domicio derramando abundantes lágrimas.

—¡Imposible! No está en mi mano el conseguirlo.

Un momento despues el carro desapareció en lontananza, y el infeliz Domicio quedó solo con sus tristes desengaños.

XI.

El Embajadorcito.

— ¡Oh, ingratas! decía. Así pagáis mi amor, así recompensáis el inmenso beneficio de vuestra libertad.

¡Oh, suerte tirana! ¿Por qué he conocido lo que me convenia ignorar?

Yo era pobre y huérfano, yo era de constitucion raquítica y miserable aspecto; no tenia á quién volver mis ojos ni quién me protegiera del crudo invierno ni del ardoroso estío, y sin embargo, era feliz.

Yo era niño inexperto que tenia los ojos cerrados para toda clase de venturas, y esas bellas ingratas me han hecho hombre, arrancando, ¡traidoras! la protectora venda que me ocultaba las mayores delicias.

¿Para qué las he conocido si habian de durar tan poco?

Ahora las echaré siempre de menos en mi triste soledad.

A medida que el tiempo pasaba, la esperanza, con ser más lejana, era más intensa, por lo que le acometian accesos de rabia y desesperacion.

En uno de ellos, no sabiendo cómo saciarla, vengó su ira en el triste despojo de Satán, en la endiablada oreja que le cortó con su espada, hecho lo cual, instantáneamente se le presentó un hombrecito de unas tres pulgadas de longitud, que paseándose gravemente por la palma de la mano de Domicio, le preguntó:

— ¿Qué quieres?

Pasmado se quedó Domicio al ver aquel liliputiense, y silencioso quedó contemplándole un breve rato, al cabo del cual le dijo:

— ¿De dónde brota tu agilidad?

— Del diablo, le contestó el pequeño.

— ¿Y á qué has venido?

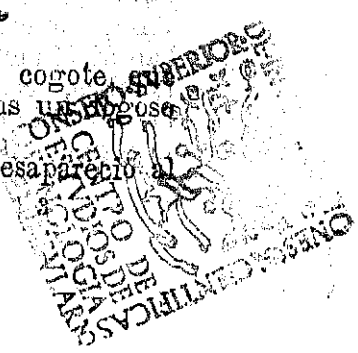
— Satan es tu esclavo, puesto que le has vencido, y siempre que la oreja que perdió en el duelo que con él tuviste, sea mordida, yo me presento en su nombre á recibir las órdenes del que así me llama.

— ¿Luego tú vienes á servirme?

— Manda y serás obedecido.

— Pues mando, replicó Domicio rascándose el cogote, me llesves al mundo y pongas bajo mis piernas un corcel.

— Ya estás servido, dijo el hombrecito, y desapareció.



mismo tiempo que un hermoso caballo, magníficamente enjaezado, pafaba de impaciencia á pocos pasos de él.

Domicio dió un salto de alegría y montando sobre el noble bruto, rompió á galope, reconociendo á los pocos momentos hallarse en el camino de Soria á Almazán.

Minutos despues cruzaba el puente sobre el Duero, entrando en la noble villa, que tanta celebridad ha dado á sus hogazas.

SEGUNDA PARTE.

El Monje negro.

El brujo.

Lo primero que hizo Domicio en cuanto llegó á Almazán, fué buscar al herrero para darle noticia del cumplimiento de su encargo, y por más vueltas que dió no pudo dar con él.

A fuerza de investigaciones logró saber, que hacía muchos años que se había marchado á vivir á un pueblo que llaman Barahona y que está según se vá hácia las salinas de Si-güenza.

La causa de haberse ido el herrero de Almazán, era la de que se corrió por toda la villa la nueva de que habia embrujado á Domicio, y como el pobre jorobado era muy querido por todos los contornos, viendo las gentes que no parecia ni vivo ni muerto, coligieron alguna desgracia y dieron en decir que el herrero se lo habia llevado á un monte, donde lo habia degollado para utilizar su inocente sangre en sus brujerías y untos.

El resultado fué, que apremiado el herrero, no supo dar razon, y como las justicias no pudieron probarle nada, lo dejaron en paz; mas no así las comadres y muchachos de la villa, que en cuando le veian le tiraban piedras y le chillaban diciéndole toda suerte de picardías, con lo que el pobre hombre, acosado de sus remordimientos, que le acusaban de la desgracia de Domicio, y perseguido por sus vecinos, tomó la resolucion de marcharse á Barahona.

Y ocurrió que al poco tiempo de irse, le entraron unas calenturas muy fuertes y le acometieron unos delirios tan grandes, que los de Barahona, le tuvieron por loco y nadie osaba acercársele, ni las gentes le querían servir, con lo cual faltó de todo auxilio, murió y su fama de brujo se extendió más y más.

En cuánto Domicio se enteró de su ida, picó espuelas, y atravesando los pinares llegó á Barahona, y en cuánto preguntó por el herrero, todas las gentes se santiguaron, y le dijeron que debía ser muerto, pues hacia mucho tiempo que se hallaba cerrada la puerta de su casa y no se le había visto salir, y que cuantos intentasen franquearla se embrujaban, con otras novedades por el estilo, que hubieran espantado á Domicio, si no estuviese curado de espanto en materia de embrujamientos.

Como Domicio había formado empeño de ver al herrero de cualquier manera que fuese, ó convencerse de su muerte, no hizo caso alguno de cuanto le decían, y dirigiéndose á la casa, dió varios golpes en la puerta con una grande aldaba que tenía sujeta, y el eco resonó por dentro multitud de veces, sin que nadie diérase señales de vida.

Visto lo cual por Domicio, mandó derribar la puerta y con gran espanto de los del pueblo, se fué para adentro, sin que nadie le quisiese seguir, y en una habitacion ennegrecida por las llamas, y que se conocía desde luego haber servido de fragua, vió un esqueleto tendido en el suelo, con su calavera correspondiente, que supuso ser del herrero.

Como no tenía donde ir, Domicio determinó quedarse allí, pero al cabo de algun tiempo y como viesse que los del pueblo echaban á correr en cuanto le veían, tomándole tambien por brujo, resolvió irse á la ventura á recorrer el mundo, y como era de natural bondadoso y cristiano, pudo más en su ánimo la fé que las sugerencias de Satán, y así, una noche, á la hora de la media, se salió del pueblo ocultamente y no queriendo recibir más los auxilios del diablo, clavó la oreja de su rival en la puerta del herrero, y se marchó, con lo cual tuvieron ocasion los de Barahona de aumentar sus temores y creer que aquella casa era la residencia de las brujas.

Y es fama que desde entonces todos los sábados, en cuánto dan las doce de la noche, salen las brujas de casa del herrero por la chimenea, montadas en escobas, á celebrar su aquelarre en los llanos de Barahona, donde se entregan á danzas diabólicas y batallas descomunales que duran hasta el canto de los gallos, volviéndose despues muy silenciosamente á sus escondites á fabricar sus untos y pomadas.

... y así se fue haciendo el mundo de nuevo, y así se fue haciendo el mundo de nuevo.

La estatua.

Y ocurrió que en cuanto Domicio abandonó la oreja del diablo en casa del herrero, se tornó á su estado primitivo, perdiendo toda la gracia y donaire que le habian adjudicado las encantadas de la cueva de Zampoña, y le apareció otra vez la corcova, y sus cabellos dorados y finos se volvieron ásperos y negruzcos como antes eran.

Mas no así el espíritu, que cada vez lo sentia más lozano y juvenil, con lo cual determinó correr tierras en busca de trabajo, y andando andando, llegó á un sitio donde unos canteros estaban labrando mármoles y preguntó si le querian de aprendiz.

Contestado que sí, le dieron un escoplo y un martillo y en poco tiempo, ayudado de su buen ingenio, fué de los primeros oficiales de cantería, con lo cual fué muy querido y apreciado de sus compañeros.

Un dia que acabó temprano su tarea, cogió un pedazo de mármol blanco y con el puñalito de la Fortuna, comenzó á modelar una figura.

Maravilláronse todos al ver la perfeccion y maestría de la obra, y se corrió por toda la colonia su buena traza, y como los mármoles que se labraban allí eran para el palacio del rey, llegó hasta la Côte la nueva del famoso artífice y le mandaron llamar.

Preguntado que quién le habia enseñado la escultura contestó que le salía de su natural despejo tan dificultoso arte, y como habia sido ofrecido un premio al artífice que presentara la mejor estatua en honor á Diana la cazadora, Domicio se propuso hacerla, y en pocos dias la terminó con asombro de todos los otros escultores, que llevaban ya mucho tiempo con las suyas, y el premio le fué otorgado.

Con esto creció su fama en la corte del rey Osman, y todo el mundo se dolía de que una inteligencia tan privilegiada estuviese prisionera en tan raquítico cuerpo; pero esto no era obstáculo al aprecio de todos, y su fortuna creció de tal modo, que en pocos años llegó á ser el personaje más principal de Uxama.

Pero Domicio, despreciando las riquezas, hacia dar grandes fiestas en beneficio de los pobres, y señalaba pensiones á las viudas y desvalidos; pero la envidia se cebó en él, y unos miserables se conjuraron para matarle.

Una noche que salía de palacio de visitar á Osman, le acometieron unos enmascarados, y lo hubiera pasado mal á no haberse defendido con el puñalito de la Fortuna. Y se dió tal traza que los dejó desarmados, y los tuvo á raya, hasta que vinieron los corchetes y se los llevaron presos.

El rey, en cuanto lo supo, cobró gran ira, y mandó que fuesen ahorcados; pero Domicio abogó por ellos y se les perdonó la vida, mas fué con la condicion, impuesta por el rey Osman, de que siempre que pasase un jorobado per delante de ellos habian de humillarse al suelo hasta que fuese ido, bajo pena de muerte.

En esto le llegó á Osman su última hora, y como no tuviese hijos que le heredasen y se acababa con él la dinastía, dejó escrito en su testamento que nombrasen á Domicio, con lo cual se consideraría muy honrado y se honraria el reino.

Muerto el rey, los de Osman aclamaron á Domicio por sucesor, y rehusó la corona; pero reunidos los grandes del reino en Cortes, le enviaron un Mensaje diciéndole que no podia renunciar el ser rey, pues habia que consultar antes el bien de los pueblos que el suyo propio, y que así que se resignase y empuñase el cetro.

III.

El rey jorobado.

Ante semejante insistencia, y visto el deseo general de los pueblos, Domicio aceptó la corona como un deber sagrado, y comenzó á trabajar con tal ahinco por el bien de su reino, que llovian sobre él todo género de prosperidades y bienandanzas, y llegó á ser el más poderoso y grande de toda la tierra.

Sus ejércitos eran los más aguerridos; sus barcos los más valerosos; su industria la más floreciente.

El reino hubiera sido feliz con semejante rey, si no fuera por una circunstancia sensible: el rey no encontraba una esposa para perpetuar su dinastía.

Domicio seguía siendo tan feo como cuando dormia en los quicios de las puertas de la noble villa de Almazan.

Si no hubiera dejado en Barahona la oreja del diablo, seria hermoso como Ascanio; pero Domicio no queria cuentas con el demonio, y preferia tener joroba y cabellos ásperos á echar sobre sí complacencias satánicas.

Muchas veces le habian entrado deseos de ir á Barahona á librar de su cautiverio la oreja del diablo, y mediante su

poder recobrar la hermosura que adquirió en la fuente milagrosa, pero otras tantas había desistido.

La situación era cada vez más comprometida, y los pueblos empezaron á enviarle comisiones para rogarle que tomase esposa, y como nunca se decidía, empezó á levantarse general clamoreo.

Un día que se hallaba sentado en un banco de los jardines de su palacio, Domicio, que casi siempre estaba pensando en la oreja del diablo, trazó maquinalmente con su baston en la arena una oreja, y cuando la iba á borrar con el pié se le presentó el embajadorcito de marras, que paseándosele por la palma de la mano, le dijo:

—Tu poder es muy grande, pero no alcanza á privarte de la corcova que te afea.

—No importa, dijo Domicio, prefiero tener la joroba en el cuerpo á tenerla en el alma como tu amo.

—Mi amo es bien infeliz, repuso el enanito. Mientras no recupere la oreja que le arrancastes, su poder estará anulado por el tuyo.

—Me alegro mucho, así no reclutará almas al infierno.

—Te equivocas. La maldad ingénita de los hombres basta y sobra para llenar el Averno sin necesidad de que Satanás se moleste.

—Pues entonces ¿para qué quiere la oreja que le quite?

—Por presuncion.

—¿Nada más?

—Y para tomar la revancha de tu victoria.

—He debido sospecharlo. Un diablo desorejado y sin poder debe ser una cosa muy horrible.

—Sí, muy horrible; tanto, que si consientes en devolverle ese apéndice auricular, podrás recobrar la hermosura que perdistes, sin menoscabo en tu ánima, y él quedará contento y agradecido.

Domicio calló, puso al enanito en el suelo y se dirigió á su palacio, pensativo y cabizbajo.

IV.

El Monge negro.

A pesar de su poderío y grandeza, Domicio no era feliz. Sentía tanta aversion á recobrar su hermosura, que hubiera dejado de buena gana de ser rey.

El desgraciado monarca recordaba con delicia los dichosos

tiempos en que vivía á la intemperie, olvidado de todos y libre de las ocupaciones árduas que le embargaban.

No hay cosa más difícil que ser buen rey, y Domicio se habia propuesto serlo á todo trance.

Más por lo mismo que se esforzaba por conseguir el bienestar de sus pueblos, hubiera querido que estos respetasen su celibato, sin obligarle á tomar contra su gusto una esposa, á la que estaba seguro no le habian de seducir sus gracias.

El enanito se presentaba todos los dias á suplicarle de parte del diablo que le restituyese la oreja; y tanto le importunó, que por no óirle determinó dársela, á cuyo efecto un dia, sin dar cuenta á nadie de sus propósitos, se disfrazó de aldeano, montó á caballo y se dirigió á Barahona.

La oreja del diablo seguía clavada en la puerta del herrero, y cuando manifestó á los del pueblo su intento de desclavarla, comenzaron á dar grandes alaridos y á decirle que no lo hiciese, pues la tal oreja tenia tantas muertos á su cargo, que habia sembrado el terror en toda la comarca.

Parece, en efecto, que durante su ausencia, algunos mozos atrevidos intentaron arrancar el maldito despojo, y que cuantos lo quisieron hacer cayeron como heridos de un rayo.

Algunos pájaros nocturnos y de mala facha habian acudido también á picotear la oreja, y como si hubiera tenido veneno cayeron redondos.

Domicio no hizo caso de semejantes augurios, y con algun trabajo desclavó la oreja, visto lo cual por los del pueblo se santiguaron y echaron á correr, y daban grandes voces diciendo que era brujo, y que era el que traía sobre el pueblo todas las desdichas que le afligian.

Con esto se alborotaron las comadres y en poco tiempo acudieron á casa del herrero armadas de palos, seguidas en tropel por sus amigos y deudos, de modo que parecía aquello un motin y pedian á voces la muerte del que tenian por brujo; pero con todo, nadie se atrevió á pasar de los umbrales.

Domicio se afligió mucho con esto, pues aun cuando por haber recuperado la oreja del diablo, tenia poder suficiente para librarse de la conjuración que le amenazaba, no quería hacer uso de él para nada y mucho menos en daño de tan sencillas gentes.

A todo esto, los vasallos de Domicio, ignorantes del paradero de su rey, estaban muy alarmados y amenazaba estallar un conflicto muy grave; pero cuando más inquietos estaban se presentó en la plaza pública un monje con sayal y capuchon negro, y les dijo que Domicio estaba prisionero en

Barahona y que aun cuando tenía suficiente valor y poderío para libertarse de su cautiverio no lo hacia por evitar que se derramase sangre inocente.

Apenas oyeron esto los domicianos, prorrumpieron en aclamaciones á su rey y pasearon en triunfo por toda la ciudad al monje negro y en pocas horas organizaron un pequeño ejército y cayeron sobre los de Barahona tan de improviso, que estos se imaginaron ser todo obra de los brujos, que acudian á salvar al jorobado, con lo cual huyeron dejando en libertad á Domicio.

Domicio, seguro de no haber invocado el poder del diablo para salir de tan apurado trance, creyó obra del cielo su libertad y abrazando al monje negro, con el mayor agrado, besó sus ropas humildemente, con lo cual sus vasallos viendo que era agradecido, prorrumpieron en vivas á Domicio y al monje, y los llevaron en bulliciosa procesion á Uxama.

V.

El favorito.

Tan pronto como Domicio llegó á su palacio, determinó restituir su oreja al diablo para no tener con él ninguna clase de relaciones; y al mismo tiempo, como carecia de persona que hiciese las veces de favorito y le ayudase á llevar el grave peso del mando, resolvió nombrar para este cargo el monje negro.

De este modo, estaba seguro de premiar un servicio eminente que redundaria en beneficio de su reino, puesto que el monje negro, con su sabiduría, le serviria de confidente, y á la par seria un alivio para él y una obra meritoria á los ojos del pueblo.

Hízolo así; y el pueblo en cuanto lo supo, se entregó á fiestas y regocijos, y los chicos armaron luminarias en calles y plazas para solemnizar la nueva.

Domicio, mientras tanto, esperó que se le presentase el enanito para entregarle la oreja de su amo, y en cuanto le vió se la dió.

El chiquito se puso muy contento y de allí á poco volvió, diciéndole que el diablo estaba agradecido y que queria mostrárselo concediéndole la merced que le pidiera; oido lo cual por Domicio, contestó que lo que queria era que le dejasen en paz y que no volviera á presentársele, que no necesitaba nada, ni en modo alguno queria deberle gratitud al diablo.

El embajadorcito se esforzó cuanto pudo para disuadirle y

le dijo que puesto que los vasallos querían que se casase, que podía pedirle á Satan le devolviese el donaire y la rubicundez que adquirió en la fuente milagrosa, y así estaria seguro de ser amado.

Domicio se enojó mucho y le contestó que no quería tener hermosura si no era en el alma, y que la del cuerpo la despreciaba; que si no hallaba quien le quisiera jorobado y feo le tendría sin cuidado, y que si el reino se le enojaba que dejaría el trono y las riquezas y tornaría á vender candeleros de plomo y rosarios benditos en la puerta de las iglesias y á pedir limosna si necesario fuese, antes que recibir ninguna clase de merced del diablo.

En esto entró el monje negro, á cuya vista desapareció el enanito, con la nueva de que un rey fronterizo declaraba la guerra por ciertos resentimientos que tenia con el antecesor de Domicio, sobre la posesion de unos campos, conflicto que solo se podía resolver devolviéndolos.

Domicio no era partidario de la guerra, pero tampoco era hombre capaz de arrastrar por los suelos la dignidad de sus vasallos, y así determinó convocar á junta á todos los notables del reino y les expuso la gravedad de las circunstancias.

Todos opinaron que era preferible acudir á las armas antes que ceder á las imposiciones de fuera, y como el rival de Domicio no se resignaba á ceder, fué declarada la guerra.

Domicio juzgó prudente demostrar á su reino que no en balde habia puesto en él su confianza, y supo dar tan atinadas disposiciones que en breve plazo puso sobre las armas muchos miles de combatientes, y organizadas las fuerzas de mar y tierra, tomó el mando de ellas y se fué á la campaña, dejando al monje negro encargado de la regencia.

VI.

Las lagunas de Urbion.

Mientras Domicio estaba en campaña, el monje negro se dió tan buena traza en el manejo de los negocios, que los recursos se multiplicaban y brotaban riquezas por todas partes.

Con esto llegó la nueva de las victorias obtenidas por Domicio y todos se entregaron á los delirios del triunfo.

Pero lo que nadie sabia es quién era el monje negro, ni de dónde habia venido.

Conociendo Satan que el poder de Domicio era superior al suyo, pues la virtud era su fuerza, y deseoso de recuperar

su oreja, se disfrazó de monje é hizo todo lo necesario para ganarse la voluntad del rey.

Mas como Domicio le dió espontáneamente lo que él apetecía, renunciando á toda otra recompensa, el diablo se consideró humillado y fundó su amor propio en servirle á Domicio de algun provecho y halló modo de granjearse su afecto y aliviarle del grave peso de los negocios.

Y como á Domicio le pesaba la corcova y la fealdad de su rostro, por más que llevase con resignacion su desgracia, formó gran empeño en restituirle su hermosura para que fuese feliz con la esposa que su corazon eligiera, pero sin que Domicio se penetrase de cómo se habia operado la transformacion, á fin de que no le amargase su donaire, y así discurrió hacerlo de modo que pareciese casual.

Por ello puso en guerra á Domicio con el rey fronterizo y despues de cubrirle de honores y victorias, le hizo triunfar por completo de su enemigo hasta obligarle á poner paz.

Otorgada esta, Domicio regresó á su reino cargado de botin y riquezas tomadas al ejército rival, y cuando venian tuvieron que atravesar por las lagunas que dicen de Urbion.

No se sabe cómo, pero lo cierto es que espantado el caballo de Domicio se desbocó y sin poderlo remediar precipitó al ginete en las lagunas, de modo que si no acuden presto, allí hubiera fenecido.

De resultas de aquella peripecia le entraron unas calenturas muy grandes y hubo junta de médicos y todos opinaron que se moria, por lo cual hubo duelo nacional y rogativas en todo el reino por la salud de Domicio.

Mientras tanto, el monje negro no se separaba de la cabecera y un dia mandó que arropasen mucho al rey, de modo que le hicieran sudar; y tanto sudó, que se quedó en los huesos y parecia que se le acababan las carnes.

Pero luego vino la reaccion, y de dia en dia recobraba las fuerzas, en términos que al cabo de un mes estaba completamente restablecido; más lo maravilloso fué que despues de su enfermedad Domicio quedó hermoso como Adonis y brillante como el mismísimo Febo, y que quedó convertido en un arrogante mancebo, como cuando se lavó en la fuente milagrosa.

Domicio estaba admirado y lo mismo los médicos, que examinaron con atencion las ropas del lecho, y las encontraron llenas de un sudor negro y pestilente que trastornaba el sentido.

Extendióse la nueva por todo el reino, y todos los vasallos de Domicio se entregaron á los mayores trasportes de alegría,

Hlegando á tal extremo la popularidad del favorito, que casi eclipsaba la de Domicio, y de allí en adelante iban todos los años en romería á las lagunas de Urbion, donde es nacido el río Duero, y sus aguas fueron tenidas por milagrosas.

VIII.

Las tres gracias.

Consecuencia de aquella transformacion que habia hecho de Domicio el hombre más hermoso de todo el reino, las gentes volvieron á la manía del casorio del rey, y las damas de la córte organizaban fiestas y bailes para lucir sus galas y poner en cuita el corazon del monarca.

Domicio, ignorante de que el monje negro era el diablo, y que estaba allí para servirle, no por un acto de su real munificencia, sino por el valor extraordinario que demostró al vencerle en la cueva de Zampona, consultó con él si deberia ó no casarse, y el monje le dijo que sí, bajo la razon de que era preciso perpetuar la dinastía.

Convencido el rey ante tales argumentos, determinó tomar esposa, y á fin de hacer una eleccion acertada, dispuso recepciones y besamanos, y organizó en su palacio grandes bailes para que pudieran acudir las más bellas damas del reino.

Acudieron de todas partes las más hermosas, y desde luego llamaron la atencion por su rara belleza y la frescura de su tez, tres jóvenes que se decían hermanas y cuyo lujo competia y eclipsaba al de las más altas damas de la córte.

En cuanto las vió, el monje negro palideció y el rey se quedó tan prendado de las tres, que no sabia por cuál decidirse, pues si la una era bella, la otra le superaba y la que seguía le aventajaba en gracia y donaire.

Las tres merecian ser reinas por la distincion y elegancia de sus maneras y el aire de majestad que tenian.

La mayor tenia unos ojos de fuego capaces de derretir las piedras, y habia en todo su porte tanta superioridad y grandeza que no se podría pedir más en una reina.

La de enmedio no era tan altiva, pero habia en sus ojos, negros como el ébano, tanta gracia y tal frescura en su rostro y tal morbidez en sus formas que parecia la misma diosa de la belleza, de tal modo que Vénus misma se hubiera declarado vencida ante su maravillosa hermosura.

La pequeña no tenia una belleza tan exuberante, pero habia tal dulzura en sus ojos y tal encanto en su cabeza corona-

da de finísimos cabellos, rubios como el oro, que atraía como la piedra imán al acero.

Domicio estaba confuso y no sabía por cuál decidirse, pues si mucho le agradaba la una, más le gustaba la otra y tanto más le satisfacía la tercera.

En esta indecisión consultó con su favorito el monje negro, y este le dijo que no podía aconsejarle nada, tanto porque no quería echar sobre sí la responsabilidad de una mala elección, cuanto porque consideraba que al rey correspondía elegir y decidir consultando su corazón.

Pero en realidad eso era una excusa, porque el monje negro conoció en seguida que las tres hermosas eran la Fortuna, la Hermosura y el Amor, que habían sido libradas de su poder por Domicio.

El rey se afligió mucho del parecer de su favorito, y por más que hizo no pudo disuadirle á que le propusiera por esposa una de las tres hermanas.

En verdad, la situación era bien dificultosa para Domicio, pues ni aun le quedaba recurso de seguir los impulsos de su corazón; pues á las tres las quería por igual, y su amor por ellas era igualmente grande y veheméntísimo.

VIII.

La boda.

Viendo que la corte se impacientaba y todos sus vasallos murmuraban, Domicio se resolvió al fin, y siguiendo los impulsos de su corazón y de su espíritu, naturalmente inclinado á la humildad y modestia, prefirió por esposa á la más pequeña de las tres hermanas, es decir, al Amor, y oficialmente la proclamó como futura reina.

Con la rapidez del rayo circuló la noticia por todo el reino, y se cubrieron los muros con vistosas telas, y se colgaron ventanas y ajimeces con ricos tapices, y se adornaron con banderolas y escudos las torres, y salieron comparsas por las calles tañendo dulzainas y pífanos en señal de regocijo público.

De allí á pocos días se celebró la boda real con el mayor boato y ostentación; y al pasar las literas en que los reyes eran conducidos, se soltaron palomas, y los vasallos se quitaron sus capacetes y bonetillos, y se echaron al aire candelillas de azufre y tierra inflamable, y en el poco espacio que tuvieron que andar á pié se cubrió el suelo con ricas piezas de damasco, y durante el trayecto de la iglesia á palacio recibieron sobre sus cabezas lluvia de flores.

Entre tanto, enojadas la Fortuna y la Hermosura del desaire que las hacia Domicio, se pusieron de acuerdo con el diablo para vengarse de él y de ella; pero no lograron otra cosa que avivar más y más la llama en que se consumía el ardoroso fuego de los régios consortes.

El monje negro, con la esperanza de que la Fortuna y la Hermosura volverian á ser sus esclavas y desvaneciesen á los hombres en provecho del infierno, hizo cuanto pudo por alimentar su venganza, y comenzó por trastornar todos los negocios del reino, de tal suerte, que en poco tiempo se armó tal confusion que nadie se entendia.

Corrióse la voz de que el rey Domicio se entregaba á todos los placeres del amor, y que abandonaba los graves asuntos del Estado, y con esto coincidió un año de gran sequía; y para mayores desdichas, se declaró la peste, y era tanta la gente que se moria, que los sepultureros no se daban punto de reposo.

Alarmóse Domicio, y procuró demostrar á su pueblo que no era verdad el rumor público de que tenia abandonadas las riendas del mando, y para mayor testimonio le dijo al monje negro que cesara en el despacho de los negocios, que él los despacharia y resolveria para acallar así la voz pública; mas el monje ó el diablo, que él era, le opuso dificultades tan grandes y razones tan pequeñas para disuadirle de su propósito, que concibió sospechas de que le queria usurpar la corona.

Afligido Domicio por tal desgracia, comunicó á su tierna esposa sus cuitas, y ella se echó á llorar en cuanto lo supo, y aumentó las desventuras de Domicio diciéndole que sospechaba que todo ello eran manejos de sus dos hermanas, que le declaró eran la Fortuna y la Hermosura, las cuales, despechadas por haberla preferido á ella para esposa, se vengaban de él; y que además desconfiaba del monje negro, hasta el punto de creer que era el diablo, que queria tomar venganza de su derrota del palacio de jaspe.

Con estas explicaciones, cayósele á Domicio la venda que tenia en los ojos, y vió claro como la luz del dia, que todo cuanto le decia su esposa era cierto, y así advertido por ella se previno para desbaratar los planes del demonio.

IX.

La conjuracion.

Lo primero que hizo Domicio fué exonerar al monje negro de todos los privilegios, galas y homenajes que disfrutaba,

quitándole el peso de los negocios, despojándole de todas las atribuciones, fueros y preeminencias que le habia otorgado, y desterrándolo de sus dominios.

El monje negro, irritado por esta determinacion, amenazó á Domicio, y le dijo que temblase, pues le habian de llover tantas calamidades y desdichas, que se tendria que arrepentir y mostrarse pesaroso del desaire que le hacia.

Domicio le replicó con entereza que no le temia, que sabria vencerlo por segunda vez, y que se marchase cuanto antes, si no queria que lo mandase arrojar de palacio aporreado de los pajes.

Con esto, el monje negro cobró gran ira y se marchó á Barahona, á casa del herrero, y allí se estuvo maquinando un plan para triunfar de la virtud de Domicio y librarse de su servidumbre.

Domicio se hizo cargo de todos los asuntos del reino, y descubrió tantas perfidias, que se le alteró la sangre, pues entonces supo que los honores que él creia se otorgaban al mérito y las distinciones que solo debian alcanzarse por el propio valer, se daban al que mejor las pagaba, haciendo mercado de las virtudes cívicas.

El monje negro, no sabiendo cómo vencer á Domicio, discurrió armarle una celada; y al efecto, con el auxilio de la Fortuna y de la Hermosura, ganó la voluntad á muchos vasallos de Domicio y fraguó una conjuracion para destronarle.

Mas como no tenia pretexto, empezó á meterle en la cabeza que podian pasarse sin rey y gobernarse por sí mismos y elegir para que administrase justicia en nombre de todos al más caracterizado de ellos, con lo que se reducian los gastos y serian menos intensas las hambres y más llevadera la sequia, puesto que no tendrian que sostener las cargas reales.

A muchos, con la esperanza de ser ellos los elegidos, les pareció el plan de perlas, y empezaron á agitarse y á ganar secretamente la voluntad de los leales de Domicio, y pasado algun tiempo en estos trabajos, estalló de improviso un motín, y una noche entró ocultamente el monje negro en palacio, y con buen golpe de gentes armadas, sorprendió á Domicio y á sus guardianes.

Domicio sospechó al punto de dónde le venia el ataque, y haciéndose fuerte con los más bravos de sus servidores, retó al diablo, pero no le valió, pues como eran muchos le cercaron.

Quiso defenderse con el puñalito de la Fortuna, pero no consiguió otra cosa que empeorar su situacion; pues ciegos de

ira los conjurados, arremetieron contra él, y en la refriega perdió el puñal y no tuvo más recurso que entregarse prisionero.

Rehechos los domicianos de la sorpresa, volaron en auxilio de su rey y lo libertaron, mostrándose tan adictos á su persona, que su regreso fué solemnizado con mayor pompa y esplendor que cuando vino cubierto de gloria y cargado de rico botín de la guerra con el rey fronterizo, pero la tristeza que le entró fué tan grande al verse humillado por el monje negro, que no habia manera de consolarle.

El enanito volvió á hacerle sus acostumbradas visitas; pero en vez de mostrársele sumiso y servicial como antes, se presentaba arisco y hostil, y no habia manera de librarse de sus importunidades, y todo su gozo era mortificar á Domicio sin darle un momento de reposo, y así se le aparecía cuando menos lo esperaba, de noche y de dia, indistintamente, y su mayor placer consistia en no dejar que Domicio durmiese tranquilo, pues cuando, despues de mucho trabajo, lograba conciliar el sueño, el enanito le impacientaba paseándosele por la cara ó pellizcándole, ó, en fin, haciéndole multitud de diabluras; con lo cual concluyó por agriársele el génio á Domicio y hacérsele tan insufrible la existencia, que, á no rechazarlo sus cristianos principios, se hubiera dado la muerte.

X.

La renuncia.

Para mayor desventura, la reina, su esposa, empezó á enfermar y le salieron por todo el cuerpo unas postillas materiales que en poco tiempo le consumieron, haciendo inútiles todos los auxilios que se la prodigaron, pues al poco tiempo murió.

Este golpe concluyó por exasperar á Domicio, y le entró tal temor del monje negro, que decidió renunciar la corona, y así, firme en este propósito, convocó á los notables del reino á junta, y de una manera solemne manifestó su deseo irrevocable de dejar el trono.

Ellos se opusieron á admitir la renuncia, fundados en que Domicio se habia hecho acreedor por sus virtudes al aprecio general, y le dijeron que si lo hacia por lo de la conjuración que no temiese, pues los que habian formado el motin eran pocos y ambiciosos y no merecian estima; que Domicio habia subido al trono por sus méritos personales, y que así, no pensara en dejarlo, pues todos le reverenciaban, y que se sosiega-

se y persuadiese de que por su bondadoso carácter y claro entendimiento era el hombre más querido y reverenciado de todo el reino.

Domicio se conmovió ante tales razonamientos; pero insistió.

Viendo tal insistencia, los notables del reino se reunieron para acordar, y el resultado de su deliberacion fué admitirle la renuncia á Domicio.

Tan pronto como se hizo público el acuerdo, empezaron á mandarle todos los pueblos al rey mensajes para que desistiese, pero él en modo alguno les dió oídos y así determinó marcharse á hacer vida santa á una ermita que cerca de Renieblas está consagrada al Santo Cristo que llaman de los Olmedillos; pero antes repartió todo su patrimonio entre los desvalidos, de modo que salió del reino más pobre de como habia entrado en él, toda vez que salió sin nada, excepcion de un rústico cayado para apoyarse.

Allí pasó el resto de sus dias, hasta que Dios fué servido de llamarle á su seno y espiró santamente, siendo trasportado su espíritu al cielo en brazos de ángeles.

* * *

Mas no se crea que las cosas pasaron tal y como aquí se cuentan, pues lo que aconteció á Domicio fué, que estando en Almazán, acosado por el hambre y por los frios, se refugió en un pajar, y allí, con el calorcillo del ciemo que en él se guardaba, pues por ser tiempo de hielos no habia paja, se durmió, y la flacidez de su estómago le reflejó en el cerebro ideas de valor y grandeza y soñó con el herrero de la villa y lo que le pasó en la cueva, y finalmente con todo lo relativo á su grandeza y poderío, que no fueron otra cosa sino quimeras de su fantasía que le imaginó ser rey, con toda la curiosa historia que relatada queda.

Mesadas las greñas y libres de las pajas que las adornaban, y desperezado convenientemente, Domicio salió á la calle y volvió al pleno ejercicio de sus funciones de ayudante del sacristan y de las monjitas con tan buen pié, que aquel dia era fiesta, con lo cual inútil es decir que dejó bien limpias las jícaras y chocolateras que le dieron para que las allegase, y sacó la tripa de mal año.

FIN.

